

## Los exámenes.

En esa entonces regentaba un colegio de niños, y entre el cúmulo de gratos recuerdos que guardo de esa época, se perfila hoy en mi recuerdo nitidamente, el que os voy a contar:

Mantener la autoridad moral y el cariño de los pupilos es una de las más arduas tareas del director; y como ustedes comprenderán es espíritu de niños y adolescentes, está siempre presto a juzgar a priori cada actitud del maestro, al que ve, a través de sus pupilas no maduras, con el traje de un verdujo, y hasta veces, porque no decirlo, de un incapaz.

Y si un padre de familia diariamente tiene el trabajo de encausar a sus propios retoños, que cada uno presenta una tendencia o un carácter distinto, imagínense la triste situación del director, que debe modelar infinidad de caracteres y tendencias de vida de seres tan distintos y opuestos.

Y eso aun no es todo. Los directores también tenemos que llevar sobre los hombros, el pecado original de los padres, que en su inmensa mayoría, creen que la mala nota del hijo, no se debe a la falta de estudio, sino a la mala voluntad cuando no a la incapacidad del maestro como no tienen empacho en proclamarlo en voz alta delante del estudiante, que llega a convergerse siempre de su suficiencia entre su insuficiencia cotidiana.

Claro que alguna vez por excepción, uno tropieza, con el profesor que de antemano guarda prevención por determinado alumno, y sin saber como ni cuando, se produce de pronto actos de ostensible hostilidad por ambas partes. Quizá más que aversión de parte del maestro, es ya la falta de paciencia, o mejor aún de comprensión.

Bueno ese año, el de mi anecdota, había ya comenzado los exámenes finales, y maestros y alumnos estábamos como de costumbres a la expectativa de salir airoso ante jurados extraños: Los maestros por el deseo natural de demostrar la eficiencia de la enseñanza, y los alumnos con el miedo también natural de las calificaciones definitivas y decisivas con su sin número de consecuencias.

Ese año, en el 4to año de Secundaria había un grupo de 7 muchachos que durante todo el año se había destacado por sus inquietudes literarias, editando inclusive un periódico a costa de mucho esfuerzo y sacrificio, y sin más beneficio como en esos casos que el del "deber cumplido".

Capitaneaba el grupo Leonardo Rosales, que frisaba en los 16 años. Era un muchacho blancón de cara cuadrada, labios gruesos, cabellos castaño oscuro insurto y con sus ojos asiáticos en que asomaban vivaces tras sus anteojos prematuros, dajando ver sobre sus pupilas oscuras un halo infinito de bondad.

Des espíritu sano, transparente, era una arcilla dúctil y maravillosa. Obediente, respetuoso y responsable siempre de sus actos, rápidamente se ganaba el afecto de profesores y alumnos.

En la misma clase había otro muchacho que repetía año por tercer y última vez, naturalmente.